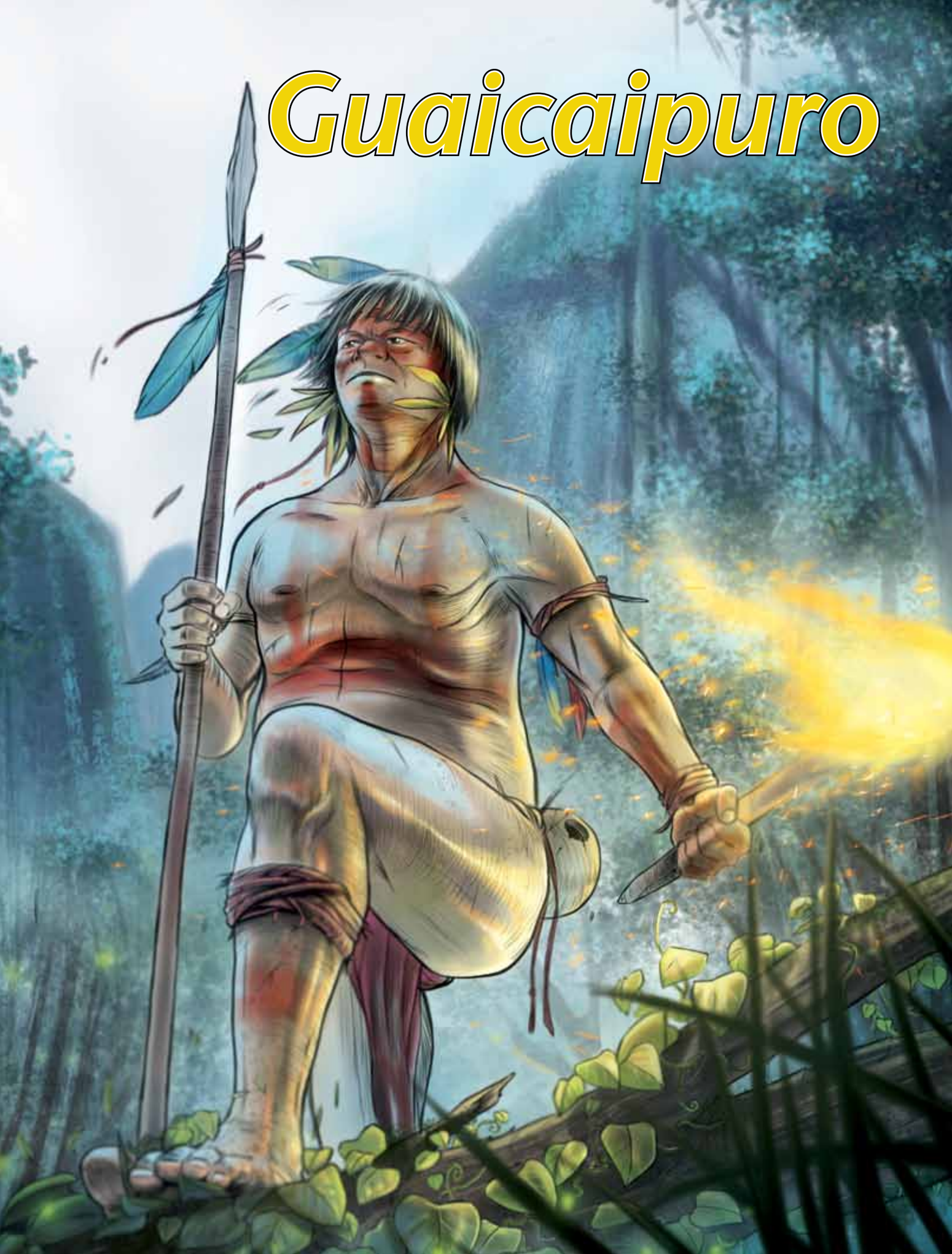


Guaiçapuro



GUAICAIPURO

Colección Infantil

Ministerio del Poder Popular

para la Comunicación y la Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular

para la Comunicación y la Información, parroquia Altagracia.

Caracas – Dtto. Capital, Venezuela.

Rif: G-20003090-9

Distribución gratuita

OBSEQUIO

Gobierno **Bolivariano**

Descargue nuestras publicaciones en: www.minci.gob.ve

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jacqueline Faria

Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Rolando Corao

Viceministro de Comunicación e Información

Felipe Saldivia

Viceministro para Medios Impresos

Francisco Ávila

Director General de Publicaciones

Texto: *Michel Bonnefoy*

Ilustraciones: *Kabir Rojas*

Corrección: *Daniela Pettinari*

Diseño y diagramación: *Saira Arias*

Depósito legal: lfi 87120148003564

ISBN: 978-980-227-215-0

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

en la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial

5.000 ejemplares

Febrero, 2015

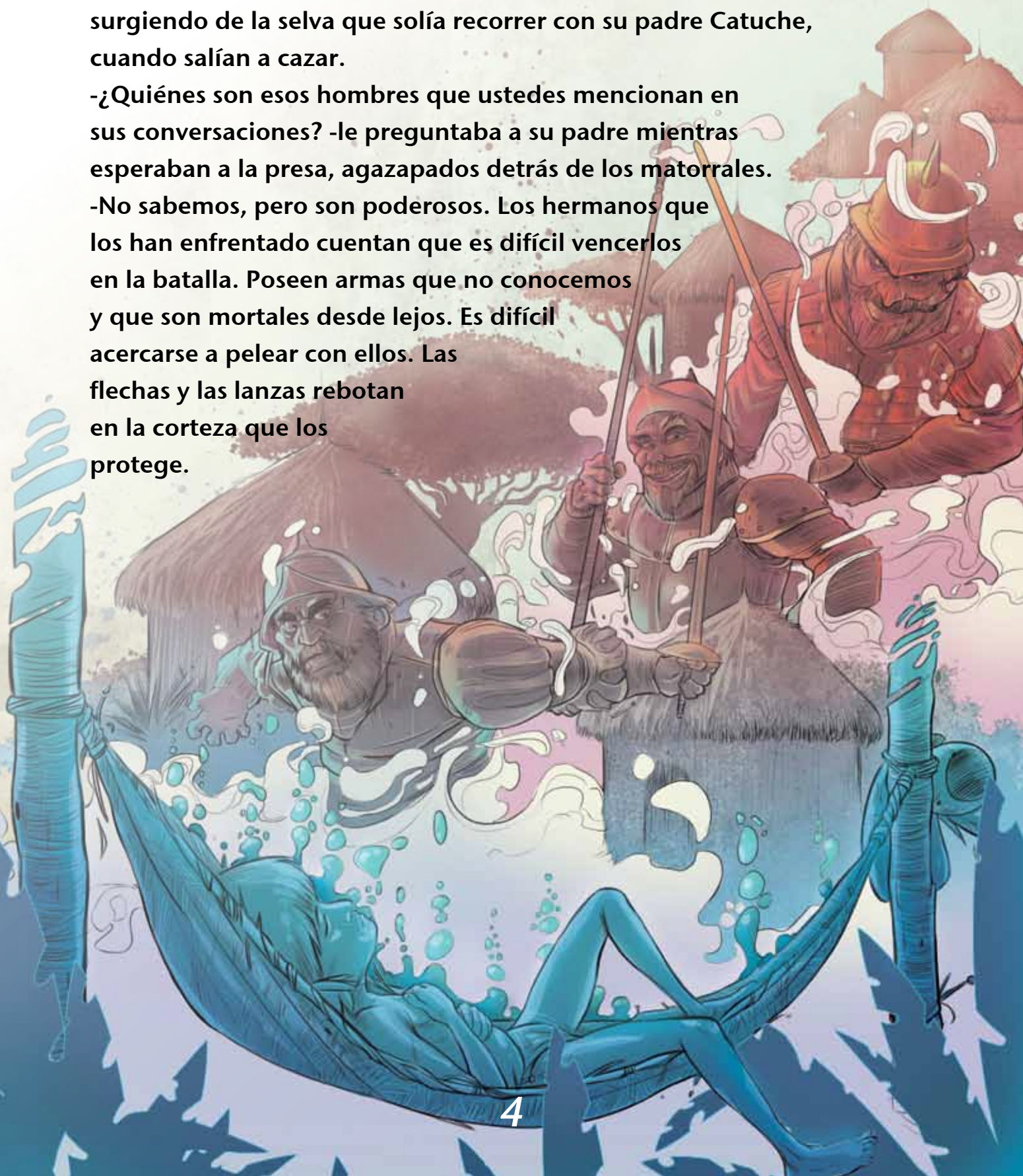
Cuando era pequeño y aún vivía desnudo, se sentaba en la tierra a la entrada de la churuata y arrancaba con los dientes los granos de maíz aferrados a la mazorca, mientras escuchaba las historias que contaban los adultos sobre unos hombres de acero que habían llegado del mar y que estaban sembrando el terror en toda la región.



Por la noche el niño Guaicaipuro soñaba con los invasores. Los veía asaltando la aldea, entre el humo de las brasas al centro del bohío, surgiendo de la selva que solía recorrer con su padre Catuche, cuando salían a cazar.

-¿Quiénes son esos hombres que ustedes mencionan en sus conversaciones? -le preguntaba a su padre mientras esperaban a la presa, agazapados detrás de los matorrales.

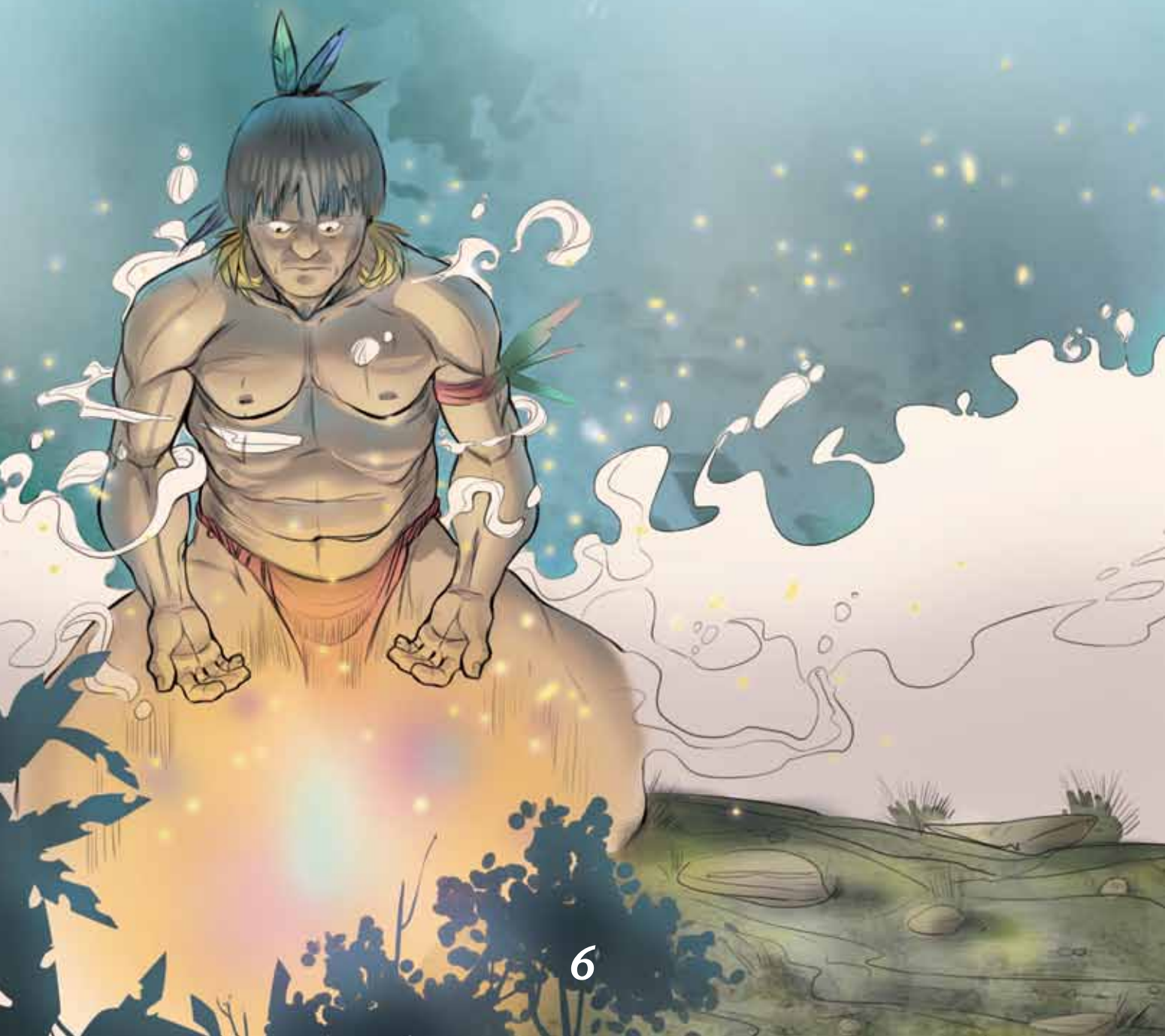
-No sabemos, pero son poderosos. Los hermanos que los han enfrentado cuentan que es difícil vencerlos en la batalla. Poseen armas que no conocemos y que son mortales desde lejos. Es difícil acercarse a pelear con ellos. Las flechas y las lanzas rebotan en la corteza que los protege.



Así creció Guaicaipuro, aprendiendo de su padre, el gran cacique Catuche, los misterios de la existencia humana, la sagrada fuerza de la naturaleza, la generosidad de la tierra que todo les daba, la diversidad de costumbres de las otras comunidades con quienes compartían un territorio vasto que a veces era motivo de disputas. Con él aprendió el arte de la caza, del cultivo y desgraciadamente también de la guerra, esa parte cruel de la vida, como la muerte y el dolor.



Más tarde sería conocido como el gran guerrero Guaicaipuro, el piache de los piaches, el jefe de los indígenas teques y caracas. Aprendió de su padre la importancia de la religión, el respeto que merecían los espíritus y las fuerzas superiores que regían el equilibrio del mundo. Esa formación espiritual sería en el futuro fundamental en sus habilidades militares y su capacidad política, y le permitió unificar las tribus que las diferencias lingüísticas separaban.



Se calcula que nació aproximadamente en 1530 en Suruapo, al borde de la quebrada de Paracoto, una zona montañosa, cerca de San José de los Altos, actual estado Miranda. Su familia era bastante numerosa. La historia recuerda especialmente a dos de sus hermanas, Tiaora y Caycape, además de otros seis hermanos y varios sobrinos y parientes que lucharon junto a él, al igual que los habitantes de otros caseríos que poblaban los alrededores de la quebrada y que, a la muerte del cacique Catuche, reconocieron de inmediato a Guaicaipuro como el nuevo líder, el guía espiritual y el comandante.



Tenía poco menos de veinte años cuando murió su padre, quien ya había enfrentado a los españoles que pretendían ocupar sus tierras y esclavizar a sus pobladores. Nadie dudó un instante en que Guaicaipuro era quien debía suceder al gran Catuche, no sólo porque así lo había decidido el cacique, sino por sus cualidades de guerrero.



Entretanto, los conquistadores descubrieron unas minas de oro en el territorio de Los Teques, cuya explotación inició Pedro de Miranda usando mano indígena esclava.



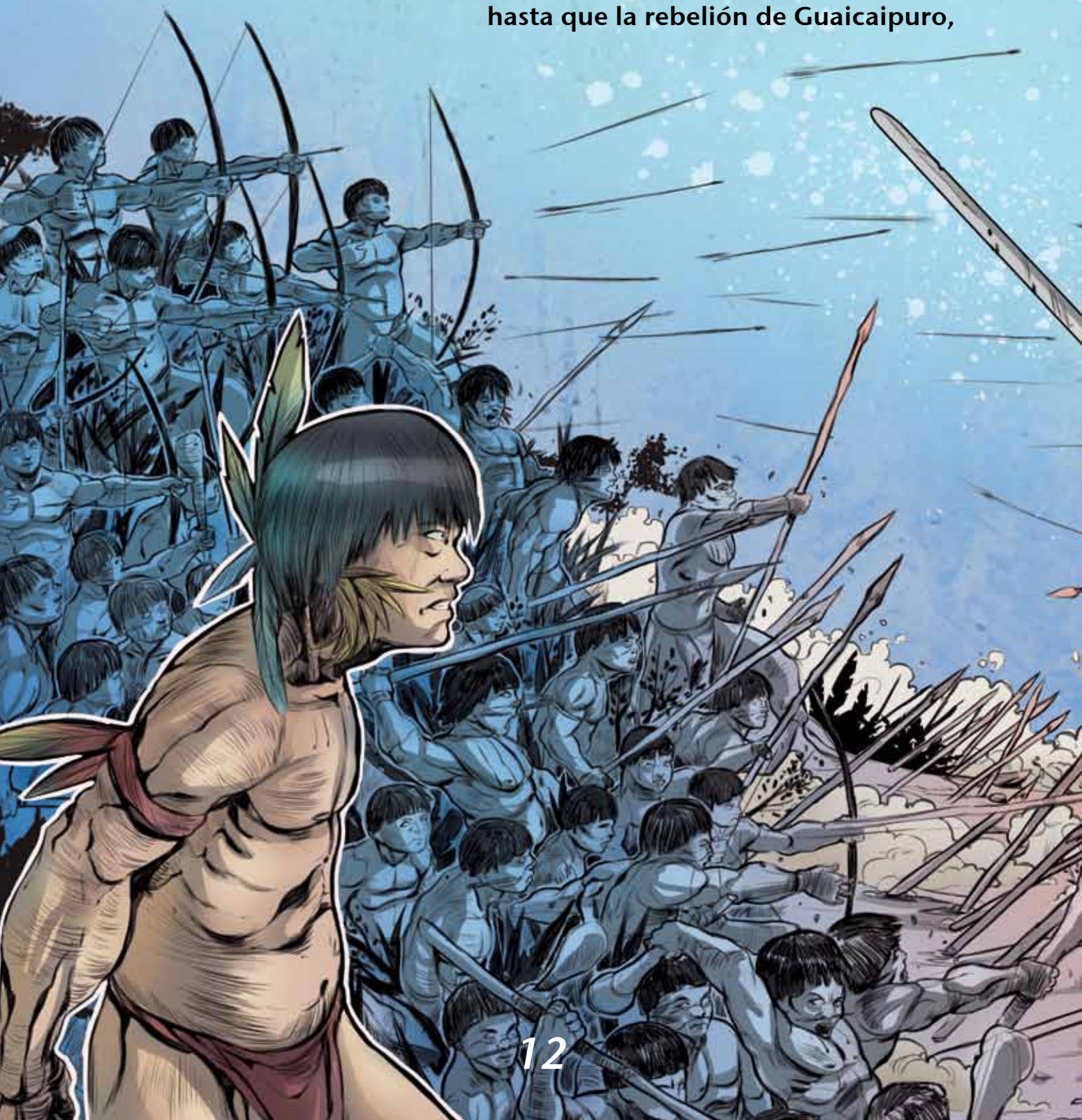
Apenas se enteró del atropello, Guaicaipuro se echó a andar por los senderos de la sierra que envuelve por el sur el valle donde los españoles más tarde fundarían Caracas. En cada aldea se detenía a hablar con los pobladores y a dialogar con los caciques. Hasta que logró reunir bastantes guerreros para atacar a los españoles y obligarlos a abandonar el sitio. El combate fue sangriento, con muchas bajas en ambos bandos, pero los invasores tuvieron que renunciar a la explotación minera e irse del lugar.



La codicia tenía enceguecidos a los europeos que intentaron arremeter contra los aborígenes en repetidas ocasiones, con Juan Rodríguez Suárez y su aliado Francisco Fajardo al mando de las tropas equipadas de armaduras y dotadas de arcabuces y espadas de acero y de hierro, además de los caballos y los perros amaestrados para matar.



Hubo batallas feroces, algunas de las cuales ganaron los españoles, como la batalla de San Pedro y La Quebrada, hasta que la rebelión de Guaicaipuro,



aliado a Terepaima y Paramaconi, cacique de los taramainas, venció y dio muerte al conquistador español Juan Rodríguez Suárez.



Guaicaipuro inició entonces un profundo proceso de conexión espiritual con las fuerzas de la naturaleza, los espíritus de sus antepasados, los dioses que siempre habían orientado y protegido a su pueblo. Convocó a los caciques de las comunidades cercanas, discutieron largamente, leyeron las señales, intercambiaron información, sumaron las experiencias y analizaron las fuerzas de cada quien, entonces convocaron a la gente y les explicaron la situación.



De ese esfuerzo nació un gran levantamiento de todas las tribus de la región. Los caciques Naiguatá, Guaicamacuto, Aramaipuro, Chacao, Paramaconi, Terepaima, Chicuramay lo reconocieron como el jefe supremo.

La gran alianza de los indígenas logró algunas victorias, en particular contra Francisco Fajardo y el capitán Luis de Narváez, y dominó la región durante años, hasta que fue derrotada en la batalla de Maracapana, en 1568, que disolvió la coalición y cada cacique regresó a su tierra.

Guaicaipuro se refugió en Suruapo.



Temeroso de un ataque a la recién fundada ciudad de Santiago de León de Caracas, en 1567 Diego de Lozada ordenó a Francisco Infante y a Sancho del Villar que capturara y asesinara a Guaicaipuro. El alcalde reunió a 80 hombres fuertemente armados y centenares de indígenas sometidos a la ley española que conocían el terreno y el paradero del cacique.



Llegaron a Suruapo en la noche y atacaron por sorpresa la vivienda del cacique. Guaicaipuro luchó con coraje, pero se encontraba en desigualdad de fuerzas. Rodeado, prefirió morir luchando antes de ser apresado como esclavo. Según las crónicas de la época, estas fueron sus últimas palabras: “¡Ah, españoles cobardes, yo soy Guaicaipuro a quien buscáis y quien nunca tuvo miedo de vuestra nación soberbia. Aquí me tenéis, matadme, para que con mi muerte os veáis libres del temor que siempre os causé”.



No obstante, la muerte de Guaicaipuro no desmoralizó la resistencia a la invasión. Su propio hijo, Baruta, recogió su lanza. También lo hizo Catia en la misma región. Ambos libraron batallas memorables en los alrededores de Caracas.

Lejos de ahí, al oeste, el cacique Mara agrupó a diferentes pueblos del territorio comprendido entre el lago Maracaibo y el río Magdalena y enfrentó también a los españoles colonizadores.

Al centro, Maracay, al frente de los araguas, derrotó a Rodríguez Suárez. En Mérida resistió Murachí; en Barlovento, Paramacay y Yavire en la región guayanesa. Paramaconi expulsó a Fajardo de Caraballeda, y Pariata incendió el barco español El Pelayo en Catia La Mar. Terepaima llegó a controlar Miranda, Carabobo, Cojedes y Lara; mientras Yare dominaba Anzoátegui y Monagas. Y tantos otros, como Tamanaco, Sorocaima, Prepocunate...







**“ ¡Ana karina rote,
aunicon paparoto
mantoro itoto manto! ”**

**(Solo nosotros somos gente,
aquí no hay cobardes ni nadie se rinde)**